

enemigo, frustrando órdenes y planes, estábamos seguros de que era el enemigo el que se nos aproximaba. Todo estaba listo para el ataque, cuando alguien, con toda claridad, reconoció los uniformes. Diez minutos después la duda se había convertido en venturosa realidad: eran de los nuestros. Ellos, también, parecían habernos reconocido. Avanzaban tranquila y ordenadamente, y ese movimiento tranquilo y reposado parecía expresar la sonrisa feliz de un encuentro fraternal e inesperado.

Y cuando abrieron el fuego, no pudimos entender lo que significaba, y continuamos sonriendo aún, bajo una lluvia de metralla y de balas que se abatía sobre nosotros segando vidas como espigas de un campo de trigo. Alguien gritó y, —recuerdo perfectamente,— todos pudimos ver entonces que era el enemigo, que era su uniforme y no el nuestro, e inmediatamente contestamos el fuego. Como quince minutos después del principio de este extraño combate, una granada me llevó las dos piernas, y sólo recobre el conocimiento en el hospital, después de la amputación.

Pregunté cómo había terminado la batalla y recibí una respuesta evasiva y tranquilizadora, por la que comprendí que habíamos sido derrotados; y después, sin piernas como estaba, me sentí inmensamente feliz al pensar que sería enviado a mi casa, que estaba vivo, vivo por mucho tiempo, vivo para siempre. Hasta una semana después, supe algunos detalles que de nuevo me llenaron de duda y de un extraño sentimiento de terror. Sí, creo que, después de todo, fueron nuestros propios hombres y no el enemigo. Y fué una de nuestras propias granadas, disparada por uno de nuestros cañones y por uno de nuestros artilleros la que me destrozó las piernas. Y nadie podía explicar cómo había sido. Algo nos había cegado, había oscurecido nuestra visión, y dos regimientos del mismo ejército, enfrentándose a una distancia de un kilómetro, habían estado destruyéndose uno al otro, por espacio de una hora en la convicción plena de que tenían al enemigo ante sí. Posteriormente se recordó el incidente y se habló de él en voz baja, vergonzosamente y, cosa curiosa, podía notarse que algunos no querían admitir aún entonces el error. Es decir, lo admitían, pero creían que el error había venido después, que al princi-

pio habían batido realmente al enemigo; pero que había desaparecido de repente en la confusión general, dejándonos dentro del blanco de nuestras propias granadas. Algunos hablaban en esta forma abiertamente, dando explicaciones claras y precisas, que a ellos mismos les parecían plausibles y convincentes. Aún hoy mismo, no puedo decir cómo sucedió todo, pues recuerdo con la misma precisión haber visto primero sus uniformes rojos y luego los nuestros anaranjados. Pero pronto todo el mundo olvidó el incidente; lo olvidó a tal grado, que se habló de él como de una batalla real y se mandaron de buena fé, detalles de ella a los periódicos; los leí cuando regresé a mi casa.

Al principio, la actitud del público hacia nosotros, los heridos en ese encuentro, era algo rara, parecía que éramos menos dignos de piedad que los heridos en las demás batallas, pero aún eso, desapareció también con el tiempo. Y sólo el hecho de que hubo posteriormente casos semejantes, uno de ellos en el enemigo, cuando dos destacamentos se destruyeron mutuamente casi por completo en un encuentro cuerpo a cuerpo durante la noche, me da derecho a creer que realmente existió el error.

Nuestros doctor, el que me hizo la amputación, un viejo huesoso y delgado, impregnado de humo de tabaco y ácido carbónico, sonriendo sempiternamente bajo su bigote amarillento y lacio, me dijo guiñándome el ojo:

—Tiene usted suerte en volver a su casa. Aquí andan mal las cosas.

—¿Qué pasa?

—No sé, pero andan mal. En mis tiempos era diferente.

Había tomado parte en la última guerra europea, casi un cuarto de siglo antes, y siempre recordaba sus hazañas con gusto. Pero no podía entender esta guerra, y, según pude colegir, la temía.

—Sí, aquí andan mal las cosas,—repitió, frunciendo el ceño y desapareciendo tras de una nube de humo de tabaco.—Yo también me iría si pudiera.

E inclinándose confidencialmente sobre mí, murmuró a través de sus bigotes ahumados y desteñidos:

—Vendrá un día en que ya nadie pueda irse de aquí. Sí, ni yo ni nadie; y en sus ojos de viejo, tan cerca de los míos, ví la misma exposición de siempre, fija, vacía y estúpida. Y algo terrible, irresistible, como

Bombas Centrifugas Alemanas Marca "KLEIN"



Motores Eléctricos "POEGE" Motores de Gas "BENZ"

CARLOS HERING

1ª Dolores No. 6. Apartado No. 289
MÉXICO, D. F.

LOTERIA DE MICHOACAN

Para la Beneficencia Pública del Estado de Michoacán.

OFICINAS:

4a. Donceles, 103. MÉXICO, D. F.
Ericsson, 99-85. Apartado, 950.

PARA EL 15 DE ABRIL ACTUAL: SORTEO MENOR CON PREMIO MAYOR DE

\$ 2,000.00

Y ADEMÁS 951 PREMIOS Y APROXIMACIONES.

ENTERO \$ 0.50. DEGIMO \$ 0.05.



NEURA LECITINA

Fortifica el sistema nervioso y regenera la sangre.

Depositarío Gral. para la República Mexicana: BRAULIO MUÑOZ, Av. Guatemala, 2. Apartado, 606 México, D. F.

El Alimento más Eficaz que se Conoce para Nutrir y Fortalecer la Sangre, el Cerebro y los Nervios

Perlas de NEURA-LECITINA

Cada Frasco Contiene 100 Perlas. De Venta en las Buenas Droguerías

FABRICADAS POR LA DEUTSCHE LECITHIN WERKE COLOGNE, ALEMANIA

Depositarío Gral. para la República Mexicana: BRAULIO MUÑOZ, Av. Guatemala, 2. Apartado, 606 México, D. F.